La Caja del...

Fútbol

«¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales»
_ Eduardo Galeano

La Caja Books

La muerte y el hincha _ Galder Reguera
Maradona en Humahuaca _ Vicent Chilet
La religión esférica _ Enrique Carretero

La Caja #02

Fútbol

Fútbol, literatura y pensamiento conforman un triángulo poco explorado pese a la relevancia social que atesora el deporte rey, tan amado y denostado como poco reflexionado. En la presente caja, tres libros realizan esta aproximación.

Galder Reguera, aclamado por su ensayo autobiográfico *Hijos del Fútbol*, se adentra en la ficción con *La muerte y el hincha*, un relato que trenza, a partir de las vidas de Maka, Ariel, Mikel y Sergio, una reflexión conmovedora en torno a la figura del aficionado y el sentido último de la adhesión irracional a unos colores.

En *Maradona en Humahuaca y otros goles con historia*, Vicent Chilet traza el retrato literario de veinticinco goles eternos. Esta crónica, cultura futbolística en estado puro, propone un viaje épico a las dos guerras mundiales, a las prisiones del *Apartheid*, al barro inglés, a los campos de tierra de provincias, a la Alemania de la Stasi o al sanguinario Chile de Pinochet.

En el ensayo *La religión esférica*, el sociólogo Enrique Carretero reinterpreta el fútbol como la nueva religión pagana: un imaginario colectivo poblado de mitos, leyendas y héroes que entronca con la infancia y la necesidad humana de soñar.

La Caja
Books

DL: V-1023-2018
ISBN: 978-84-17496-04-3

La muerte y el hincha

_Galder Reguera

La Caja
Books

La muerte y el hincha

_Galder Reguera

La Caja
Books

Maka

Tenían que hacerlo. Sabían que nadie lo comprendería. Sospechaban que era delito. Pero lo sentían como una obligación. Ariel, Sergio y Mikel se dijeron que por Maka harían lo que hiciera falta. Por él, cualquier cosa. Aunque Maka estuviera muerto y ellos, ahora, borrachos.

La primera vez que Sergio lo planteó, a los otros dos les pareció una broma. Incluso a él, que había elucubrado el plan con la vista clavada en el fondo de su vaso, le resultó una estupidez al decirlo en voz alta. No habían bebido lo suficiente. Pero a medida que iban cayendo las cervezas y los contornos de lo real se desdibujaban, la idea pintaba cada vez mejor. Lo hablaron. Dijeron que no, después que sí y luego otra vez que no. Hasta que por fin asintieron con la complicidad que solo los borrachos logran entre

ellos. Se comprometieron con un último brindis. Una cerveza de un trago. Lo harían, sí. ¡Por Maka!

Al salir del bar se sorprendieron al ver que aún era de día. ¿Cuánto tiempo llevaban bebiendo? ¿Habían comido? ¿Qué hora era? Las seis de la tarde. Tenían un par de horas para ejecutar el plan. Con cierta dificultad, Ariel abrió Google Maps. El tanatorio está por allí, señaló, después de observar la pantalla durante largo tiempo y tras dar varias vueltas de peonza para orientarse. Mikel se asomó a la pantalla del móvil apoyándose en el hombro de su amigo. ¿Funeuskadi? ¿De verdad se llama Funeuskadi? Joder, parece el nombre de un puto parque de atracciones del PNV.

Antes de enfilar hacia allí localizaron una tienda en la que compraron la camiseta. A Sergio, hincha del Athletic, le pareció indignante pagar sesenta euros por la zamarra del Eibar, pero se hicieron cargo a escote. De camino al tanatorio se cruzaron con varios grupos de hinchas que celebraban por su cuenta la victoria del día anterior antes de dirigirse a la plaza consistorial, donde se daría la gran bienvenida al equipo. Movían sus bufandas al viento, como las aspas de un helicóptero, y cantaban. La mayoría de cánticos eran los de cualquier estadio, adaptados a los colores y temas locales. Otros eran inéditos a sus oídos. Los mayores, sentados en las terrazas, reían aplaudiendo las gansadas de los jóve-

nes, que bailaban encima de bancos y encaramados a los contenedores de basura al grito de «¡Eibarpool, Eibarpool!».

Todo era euforia a su alrededor. Sin decirlo, los tres amigos pensaron en Maka. Qué diferente era aquello de su manera de sentir el fútbol, tan sufrida. De hecho, cuando hacía apenas un mes el Eibar, su Eibar, se había clasificado para la final de la Copa del Rey, Maka se había mostrado parco en gestos y sonrisas, como negándose a aceptar que todo hubiera salido a la perfección. Era como esa gente humilde a la que la vida de pronto empieza a sonreírle, pero ellos no se fían, esperando en cualquier momento una jugarreta del destino. La vida es bonita a veces, Maka, le decía Sergio, recordándole su famosa cantinela, esa frase que desde hacía años los tres amigos le repetían después de cada partido ganado por los armeros. Pero él negaba con la cabeza, como si sentir felicidad porque su equipo hubiera eliminado al Barcelona y fuera a jugar la final de la Copa contradijera la propia esencia del juego, que no era celebrar, sino la misma que la de la vida: resistir. A veces discutía con Sergio y Mikel, a quienes negaba el conocimiento de lo que realmente es el fútbol. Sergio era del Athletic, Mikel de la Real. Eso era muy fácil, demasiado. Él sabía lo que era ver a su equipo caer sin remedio, hundirse en las profundidades del fútbol de barro de la segunda B, llorar año tras año

al comprobar que el tren del ascenso se alejaba una vez más, en el último momento, en esa condenada ruleta rusa a la que llaman *playoff*. Conocía lo que era acudir a la grada a contemplar a sus jugadores partirse el alma frente al Lemona, el Zamora, el Izarra. Ver ganar, con el último aliento y de penalti, al Montañeros Club de Fútbol por un gol a cero, y celebrarlo con las cincuenta personas que resisten de pie en la tribuna soportando la fría lluvia de las tardes de septiembre, con esas gotas que se clavan en las manos y el cuello como cuchillas. También sabía lo que entrañaba viajar en ese fútbol más rural que profesional. Visitar el estadio municipal de Garrafal de Campos como quien emprende una expedición a las áridas profundidades de la miseria humana; meterse casi cuatro horas de coche para ver un empate a cero frente al Club Deportivo La Muela y recibir las miradas satisfechas de sus seguidores, hinchado su orgullo porque un equipo con solera como el tuyo haya tocado fondo hasta tal punto que ha caído al nivel del suyo; lamentarte en el regreso a casa de tan infortunada travesía, en el asiento trasero de un coche ajeno acompañado por dos *hooligans* que cabecean por la borrachera y el cansancio vital.

Qué sabían ellos, si su fútbol era de oro, de oro y brillantes y plástico y estadios llenos y focos que deslumbran. Qué sabían.

Maradona en Humahuaca

y otros goles con historia

_Vicent Chilet

La Caja
Books

Maradona en Humahuaca

y otros goles con historia

_Vicent Chilet

Prólogo de Toni Padilla

La Caja
Books

ÍNDICE

p. 9 Prólogo. ¿Qué se esconde detrás de un gol?

p. 17 Humahuaca, 1986. Club Sportivo 6-Argentina 4
p. 23 Hamburgo, 1974. RFA 0-RDA 1
p. 27 Southampton, 1993. Southampton 2-Newcastle 1
p. 31 Robben Island, 1970. Gunners 1-Manong FC 0
p. 35 París, 1937. Bolonia 4-Chelsea 1
p. 39 Bruselas, 1985. Juventus 1-Liverpool 0
p. 45 València, 2017. Valencia Femenino 6-Levante UD Femenino 0
p. 51 Ypres, 1914. Ejército alemán 3-Ejército inglés 2
p. 57 Santiago de Chile, 1973. Chile 1-URSS 0
p. 63 Río de Janeiro, 1950. Brasil 1-Uruguay 2
p. 67 Buenos Aires, 1971. Rosario Central 1-Newell's Old Boys 0
p. 73 València, 2002. Levante UD 1-Las Palmas 1
p. 79 Acerra, 1985. AS Acerrana-Nápoles (resultado desconocido)
p. 83 Buenos Aires, 1978. Argentina 3-Holanda 1
p. 89 Glasgow, 1997. Rangers 1-Estrasburgo 2
p. 93 Sevilla, 1983. España 12-Malta 1
p. 97 París, 1995. Zaragoza 2-Arsenal 1
p. 101 Middlesbrough, 1966. Corea del Norte 1-Italia 0
p. 107 Norwich, 1980. Norwich City 3-Liverpool FC 5
p. 113 Bari, 1946. Bari 1-Torino 2
p. 117 Madrid, 1987. Real Madrid 6-Cádiz 1
p. 121 Livorno, 2005. Livorno 2-Lazio 1
p. 127 Sevilla, 1999. Atlético 0-Valencia 3
p. 131 Belgrado, 1976. Checoslovaquia 2-Alemania 2
p. 135 Johannesburgo, 2010. Holanda 0-España 1

p. 139 Epílogo

PRÓLOGO

Toni Padilla

¿Qué se esconde detrás de un gol?

Cómo olvidar ese gol. La pelota aún no había besado la red y yo ya estaba encima de una valla oxidada que separaba las dos aficiones. Quién sabe las tonterías que grité allí arriba. Sí me acuerdo de cómo la policía me bajó y, con dos empujones, me devolvió a mi sitio. Y así me retiré, mostrando mi mano abierta: cinco dedos, cinco goles. Recuerdo el tacto del metal oxidado en esa mano. Me dejó una sensación rara, sucia. Pero esa forma de celebrar un gol era una gozada. Era todo lo que me habían dicho que no podía hacer cuando era pequeño. Quien me lo decía era mi madre, pues yo había crecido viendo cómo mi padre se peleaba en campos de fútbol. Y de repente, allí estaba yo. Buscando bronca. Como mi padre.

¿Qué queréis? Era un adolescente, ¿vale? Tampoco me avergüenzo. La vida es eso, cometer errores y aprender. Y ese día que el Sabadell le metió cinco goles al Terrassa

CLUB SPORTIVO	6	HUMAHUACA 10-1-86
ARGENTINA	4	

—Como le vuelva a dar una patada a una piedra, mi señor, le saldrá una serpiente. Y le aviso, muerden más que Maidana.

Víctor Hugo vive en Humahuaca, donde es maestro de escuela, guía turístico, artesano y cantante en las peñas, esos bares folclóricos en los que la música acompaña a los platos humeantes de locro «hasta que la resistencia ordene». Es también uno de los habitantes de este pueblo andino que afirma que el 10 de enero de 1986 tomó parte en la «heroica obstinación» de vencer, con los colores del Club Sportivo Humahuaca, a la selección argentina más mítica de la historia. Su discurso desprende la solemnidad de un recital de poesía: «En este alejado rinconcito de la patria, mi señor, la selección argentina cayó derrotada por 6-4». Otros vecinos, que se acercan a los 60 años y tienen la piel quemada por el sol, se unen a la conversa-

ción y aseguran haber participado en la derrota no contada de Maradona.

El legendario campo está ahí. Bajo la arena del terreno de juego se esconden piedras del tamaño de pelotas de golf. La canchita podría pasar por un vestigio arqueológico. La caseta de los vestuarios es un amasijo de ladrillos derruidos. El viento seco y el paso del tiempo han dañado las alambradas que delimitan el campo. Las redes de cada portería están sujetas con pedruscos y unos neumáticos viejos, semienterrados en el suelo y repartidos por las líneas de banda, sirven como improvisados asientos. La puerta metálica de la entrada no tiene cerradura, y los muros que la flanqueaban ya han desaparecido. En ella se lee «Club Sportivo HCA fund. 1939», escrito con pintura blanca. En el suelo hay un cartel metálico desgastado por el sol: «Compre aquí *Pregón*, el diario de Jujuy».

El impactante paisaje del pueblo lo domina una quebrada que se abre entre unos cerros de color rojo, verde, blanco y mostaza, formados por sedimentos marinos hace 75 millones de años. En sus faldas son visibles algunos cementerios indígenas con las tumbas adornadas con lazos y lanas de colores. En esta zona, los asentamientos de origen precolombino dieron paso a núcleos mineros como San Antonio de los Cobres, una de las paradas del Tren a las Nubes, que en el viaducto de la Polvorilla se eleva hasta los 4 200 metros. A esta altura, en el desértico altiplano de la Puna, morada de llamas y vicuñas salvajes, ya no crecen los cardones, que es como llaman aquí a los cactus. Y Carlos Bilardo, seleccionador argentino, mandó a su equipo a estos lares en el invierno de 1986

para que se adaptara en una pequeña pretemporada a la altura que encontraría en el Mundial de México. Se alojaron en el Hotel Turismo, un viejo establecimiento con amplios salones, piscinas vacías y columpios mecidos por el viento.

El relato de Víctor Hugo avanza y adquiere los tintes fantasiosos de todo recuerdo mitificado. La estricta realidad se confunde durante las fuertes rachas de viento arenoso que se levantan a partir de las cuatro de la tarde: ese fue el modo en que la diosa Pachamama, sostiene en verso el narrador, se manifestó a favor del Club Sportivo Humahuaca para menguar la infinita superioridad albiceleste. En la conversación también intervienen Eduardo, Humberto y el delantero Jacinto, que hablan de unos rivales aturdidos por el mal de altura, de un pueblo entregado que acude en masa a la cancha, que alienta a los suyos sin despegarse de la línea de cal. Los jugadores se emplean con el ardor combativo de una región que fue testigo de épicas batallas durante la guerra de la Independencia. No hay internacional argentino que no caiga al suelo tras controlar el cuero sobre un campo habitado por serpientes. Tampoco hay árbitro ni relojero. Es la encerrona de Humahuaca.

Cada gol local es respondido con otro de Maradona. El Pelusa —«resistente flor victoriosa», añade Víctor Hugo elevando la voz— es el único internacional argentino que siente que aquella no es una mera práctica para estirar las piernas después del largo trayecto en autocar desde Salta. Una vez acabado el entrenamiento, porque se acabó el sol, Bilardo lanza improperios al cielo andino

RFA	0	HAMBURGO 22-6-74
RDA	1	

Sankt Pauli huele a mar y a todas las tentaciones filibusteras prohibidas del llamado mundo libre.

En ese preciso momento, en la madrugada del 22 al 23 de junio de 1974, un simple malentendido diplomático podría reventar en pedazos radiactivos el planeta, pero Jurgen Sparwasser solo aspira a tomarse una copa, divertirse y recordar que sigue siendo joven. Está en esa parte de Europa que corea el «Waterloo» de ABBA y presencia por vía satélite los conciertos hawaianos de Elvis. Pero su vida ya es otra, ya no le pertenece. Desde hace pocas horas, desde que marcara el gol con el que la República Democrática Alemana ha tumbado a la República Federal Alemana, ha dejado de ser un futbolista para convertirse en un símbolo más de una guerra fría que se libra a golpes de imagen y propaganda.

La religión esférica

_ Enrique Carretero

La Caja Books

La religión esférica

Una mirada litúrgica al fútbol

_ Enrique Carretero

La Caja
Books

INTRODUCCIÓN

La cita de Manuel Vázquez Montalbán que encabeza este ensayo constituye una magnífica puerta de entrada a una interpretación sociológica del fútbol. El polifacético escritor catalán aunaba, acaso como nadie en nuestras latitudes, dos facetas complementarias difíciles de encontrar en una sola persona: por una parte, una penetrante mirada crítica a los entresijos del fútbol; por otra, un amor incondicional hacia este deporte. En efecto, Vázquez Montalbán reconocía que prestar atención al fútbol, asumirlo como objeto de reflexión intelectual, era una manera muy fiable de tomar el pulso al latir auténtico de una sociedad, incluso de una cultura.

Gran parte de los integrantes de la *intelligentsia* de izquierdas, en su mayoría de origen burgués, subestiman el fútbol con argumentos reduccionistas: lo acusan de ser un aliado de la anestesia sociopolítica generalizada, atacan su irrelevante banalidad, que no consideran merecedora de interés sociológico alguno, y lo presentan como una falsa vía de escape para las frustraciones acumuladas a consecuencia del sufrimiento causado por las contradicciones inherentes a nuestra sociedad. Nuestro autor, por el contrario, veía en esa aparente insignificancia una oportunidad para desarrollar una comprensión global de la sociedad. Con este objetivo, en su aproximación a este deporte evitó la adopción de ideologemas y, sobre todo, se armó de una finísima sensibilidad para sondear los aspectos más paradójicos de la cultura popular.

Por su parte, el discurso conservador no reserva para el fútbol ningún lugar señalado en el conjunto de los deportes vinculados a las élites, sino que lo desprecia por representar a unas masas animalizadas, ajenas o reacias a insertarse en el curso civilizatorio diseñado desde la cultura dominante. De hecho, el fútbol se ha relacionado con el *habitus* de las clases subalternas, del que las altas se desmarcan mediante la adopción de unos signos de distinción propios. En este sentido, tanto el discurso conservador como la *intelligentsia* de cuño izquier-

dista confluyen en dos puntos: el desdén por la idiosincrasia cultural de las clases populares —que inlcuye lo mejor y lo peor de estas, también el fútbol—, y la urgencia de una reforma de sus costumbres a través de un proceso de ilustración que siga las prerrogativas impuestas por la cultura dominante, producida en la factoría intelectual de las élites, ya sean conservadoras o progresistas.

También es innegable que el fútbol no ha gozado de buena reputación entre los encargados de desentrañar las claves ocultas de las acciones sociales. Durante la historia más reciente de España ha sido asociado, directamente, con los hábitos mentales y morales correspondientes al franquismo sociológico y luego, una vez iniciada la andadura democrática, con el perfil del neoproletariado. Algunos pensadores creían que con la Transición se erradicarían los males ancestrales que han aquejado a nuestro país a lo largo de la historia, obstaculizando su progreso a diferentes niveles, especialmente en el educativo y cultural. Entre estos lastres incluían al fútbol, que a su juicio parecía tener las horas contadas. Sin embargo, la evolución de nuestra sociedad, como la de muchas otras, no ha desembocado en la anunciada desaparición del arraigo popular del deporte rey. Por el contrario, a su alrededor se ha producido una desorbitada efervescencia, desmintiendo así los augurios de los espíritus

más ilustrados y dejando perplejos a sus acérrimos críticos.

Este hecho debería hacer reflexionar a quienes devalúan con suma ligereza la significación sociológica de este deporte. Quizá del incumplimiento de las expectativas de cierta parte de la *intelligentsia* se desprenda una virtud indirecta: nos ha hecho ver que la lógica de lo social es, por lo general, irreductible a un análisis en términos políticos o económicos. Ha puesto de manifiesto que el acartonamiento explicativo, enmarcado en unos parámetros rígidos, está condenado al fracaso de antemano. El perseverante magnetismo del fútbol, ajeno a los vaivenes históricos, es buena prueba de ello. Sería necesaria, más bien, una relectura de este fenómeno que se desmarque de opciones discursivas esquemáticas y dé voz a otras alternativas menos oficialistas y más fieles a la dinámica cultural popular.

•••

El escenario cultural europeo ha sido bien descrito a partir de la descomposición de las narrativas, ya fueran de índole religiosa o política, que ofrecieron una fuente de sentido global a las colectividades en los últimos siglos. Ahora que lo sagrado no parece gozar de demasiado respaldo entre las feligresías institucionalizadas y tampoco la sacralización de